
La Verdad Religiosa

Revista mensual.

LA TARDE DE DIFUNTOS

¡Qué triste es la tarde de los *Difuntos*! ¡Qué honda pavora se apodera de los corazones á medida que avanzan las sombras por el cielo y se van enseñoreando de todo el horizonte! Todo en esta tarde nos infunde sentimiento, todo nos induce á la tristeza. La nieve que ya corona las cimas de los montes elevados; los árboles que dejan caer sus hojas á impulsos del vendabal, como se desprenden las ilusiones de un corazón marchito; los campos que han perdido ya todas sus galas; el invierno que asoma su helado rostro por entre hielos y carámbanos... Por todas partes no se vé otra cosa que señales de muerte, jirones de mortaja, yertos despojos de pasada lozanía. Llega la noche, la más lúgubre y pavorosa de todo el año, y las gentes sencillas de las aldeas se retiran á sus casas, sin atreverse á salir de ellas, porque esta noche sólo es para rezar por los difuntos y por eso temen que algún suceso terrible les acontezca de hacer lo contrario. En la cocina, sentados junto al hogar, rezan con fervor todos los de la familia por sus *obligaciones difuntas* y en los intermedios refieren los viejos casos tremendos acaecidos en la noche de *Animas*, casos que ellos oyeron contar á sus mayores y que los niños y las mujeres escuchan temblando de miedo. Ya era un mozo que se fué á rondar á su novia y, estando llamando á la reja, le dieron por detrás un terrible bofetón acompañado de estas palabras: «mejor estabas rezando por

tu padre». Ya fué un jóven atrevido, el cual apostó á que clavaría una navaja en la puerta del cementerio, pero, al ir á ejecutarlo, vió asomar por encima de las tapias en actitud amenazadora el descarnado brazo de un esqueleto que le dejó helado de espanto. Otra vez había sido un pescador que se fué al río, más habiendo arrojado muchas veces la red, la sacaba siempre llena de calaveras y siempre calaveras...

¡Cuántas veces escuché yo estas consejas en la noche de los Difuntos! ¡Y cómo se apodera de mi corazón la tristeza, al recordar aquellos tiempos de la niñez, cuando pasaba la velada de la noche de Animas en compañía de mi santa madre (q. s. g. h.) y de mis queridos hermanos! Todos juntos, sentados en torno del fuego y mirando con pena el sitio que había ocupado nuestro excelente padre, á quien yo apenas conocí, rezábamos con devoción el Santo Rosario y otras muchas oraciones que luego repetíamos en el lecho, siempre que nos despertaba el lúgubre tañido de las campanas. ¡Y qué miedo sentía yo, cada vez que sonaba en mis oídos el toque de ánimas, «ese *bim-bom* eterno» que hacía estremecerse al mismo Fausto que no temió hacer pacto con el Diablo! Ni me aprovechaba esconder la cabeza debajo de las sábanas, porque allí me perseguían también los fantasmas suscitados en la imaginación por los fatídicos relatos que había escuchado durante la velada.

Ya se pasaron aquellos tiempos; ya soy hombre; ya no me causan espanto los relatos de los viejos acerca de las apariciones de los muertos. Pero no por eso la tarde y la noche de los Difuntos dejan de despertar en mi alma los sentimientos de dolor y de tristeza de los tiempos pasados. Mi pensamiento se traslada hoy al pueblo natal, al cementerio donde reposan las cenizas de mis antepasados. En espíritu asisto á aquella larga procesión formada por todos, absolutamente to-

dos los habitantes del lugar, los cuales desde la iglesia se dirigen al camposanto, llevando en las manos velas encendidas y recitando santas plegarias. Yo les veo entrar en el sagrado recinto de bajas tapias cubiertas de rosales y de otros arbustos, y mientras el sacerdote con voz vibrante entona los tremebundos lamentos de Job, veo á muchos abrirse paso por entre cardos y malezas que ocultan algunas cruces de madera, y no parar hasta que encuentran lo que buscan, la cruz ó el montoncillo de tierra, bajo los cuales descansan los restos de algún ser querido. Allí se postran de rodillas, cruzan sus manos en actitud de súplica, reconcentran en sí mismos la atención, cual si quisieran evocar la imagen de la persona amada, y, en tanto que sus labios murmuran entre sollozos una fervorosa oración, por sus atezadas mejillas resbalan abundantes lágrimas. Yo me uno á sus oraciones, yo derramo también amargas lágrimas, yo saboreo con ellos la tierna y santa tristeza del dolor que va acompañado de la esperanza. Ellos y yo establecemos por la fe y por la oración amorosas relaciones con el espíritu de aquellos seres que en otro tiempo tuvieron su corazón unido al nuestro por los lazos de la amistad ó de la sangre. Ellos y yo, pensando que la separación de nuestros seres amados no ha de ser eterna, sino que dentro de poco los volveremos á ver y nos uniremos á ellos, para nunca más separarnos, bendecimos la Religión que tales consuelos derrama en el alma del creyente, acatamos la voluntad soberana que decretó nuestra separación temporal, besamos la mano que tan hondas heridas causó en nuestro corazón, y, resignados, aunque doloridos, decimos con el poeta cristiano:

¡Dios lo ha querido así, bendito sea!

FR. J. PRIETO.





María Magdalena

(CONTINUACIÓN)



No hay paz, no puede haber paz para los impíos. Así lo ha dicho el Espíritu Santo, y su palabra de eterna verdad recibe nueva confirmación en cada desgraciado que se aparta de Dios. La paz es el reposo del alma, la dulce y tranquila serenidad del espíritu, el silencio y calma de la vida interior, que sin choques ni sobresaltos deslízase suavemente por el cauce que el dedo del Eterno le ha trazado; la paz es la armonía y concierto de todas las potencias del alma, sometida á su Dios, y de todos los movimientos del cuerpo, sometido al espíritu que le da vida; la paz es el sosiego y contento de todas nuestras facultades sensibles y espirituales, henchidas de las misteriosas é inefables delicias de la gracia; la paz es un don del cielo, es... Dios mismo reposando en nuestra alma, que es el dichoso jardín de sus deleites y divinales encantos. Es pues evidente que no puede haber paz para las almas divorciadas de la gracia, alejadas de Dios. «Hicístenos, Señor, para tí, exclamaba San Agustín, é inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en tí». Este es el gemido, el suspiro profundo y amargo de todas las almas sumidas en el pecado; este es el grito que, aun sin quererlo, se escapa de todo corazón en-

fangado en los placeres mundanos. Toda alma ansía la paz, más fuera de Dios jamás podrá hallarla. *Non est pax impiis.*

Es verdad que en ciertos pecadores inveterados, endurecidos por el crimen, hay un simulacro de paz, un aparente sosiego, producido por el hábito perverso del continuo pecar. Pero ¡no hagáis caso!; esa falsa paz es el anuncio funesto de las más terribles tormentas.—Acontece con frecuencia que de repente se acalla la mar; ya no se escucha el rudo batallar de sus olas contra el duro acantilado; ya no se vé la blanca espuma de sus burbujas gigantes al estrellarse en las peñas; en sus amplísimos senos va á establecerse, al parecer, el reinado de la paz. Las gaviotas y demás aves marinas, dando estridentes chirridos, lánzanse á la inmensidad, en donde domina tremendo reposo, fatídica calma, sólo interrumpida por un sordo rugir, un mudo bramar del monstruo, que, con visible impaciencia, se revuelve perezoso en la infinita cavidad que le dieron por morada. Así tranquilo y apaciguado el furioso Neptuno, acércase á una frágil navicilla cierto espectador incauto, que por vez primera había visto el océano. Ansioso de balancearse sobre las cerúleas aguas, pide á un diestro marinero que icle las velas y dé remo á todo dar.—¡Necio!, le contesta el marino, y sin decir más, salta presuroso á tierra. Ya en tanto habíanse levantado cálidas ráfagas de viento, que, besando la superficie del mar con beso de fuego, hacían surgir en ella negras ronchas, que, hinchándose al contacto del fiero huracán, conviértense en montañas de líquidos cristales, que se estrellan contra las rocas con horrísono fragor. Y mientras así brama y se retuerce la mar con estentóreos quejidos, con retorsiones de gigante, herido de muerte; y mientras el cielo, encapotado de negro crespón, arroja torrentes de agua, y el rayo ilumina las nubes con siniestro fulgor; y mientras en el abismo, en horrible confusión mezclados, retumban el trueno y los bramidos de las olas encrespadas, en tanto que así se desencadena la tempestad, el temeroso aventurero, que se quería lanzar al *pacífico* mar, comprende su insensatez, comprende cual es la paz de que disfruta el océano.—No es otra la que gozan los malvados. Cuando en medio de sus crímenes

se sienten tranquilos, cuando los pecados no agitan su corazón, entonces se prepara en su interior la más tremenda de las tempestades, que hará estrellarse su mísera navecilla contra el escollo de lo eterno, sumiéndola para siempre en los abismos... de donde nadie sale. ¡Ay de las almas que no sienten el escozor del pecado! ¡ay de las que viven en la calma del crimen!...

La paz verdadera es el premio del justo en esta vida, es también la primera gracia sensible que suele Dios comunicar á las almas arrepentidas, que después de sus extravíos vuelven á las sendas de su amor. A éstos dice Jesús, como á María Magdalena: *Vete en paz*. Y la paz viene á ellas, y entra en su espíritu, y como céfiro alado, como suavísima brisa deshace la niebla de dudas y temores, de necios deseos y vanas esperanzas, que se cierne de continuo sobre los corazones que no tienen puesta en Dios su áncora. Esa paz dulcísima, ese silencio de todos los clamores del hombre interior, esa quietud inefable de todos los instintos naturales es la sonada aurora de una vida superior, que la gracia emprende en las almas convertidas, es el preludio del epitalamio divino que va á entonar al celestial Esposo el alma ya enamorada de su hermosura. Todo el edificio espiritual de la perfección cristiana ha de fundarse sobre esta tranquilidad y quietud del corazón. Sin esta paz no se puede dar un paso por la senda de la virtud. En cambio, con ella puede llegarse á las más subidas regiones del espíritu.

Buen ejemplo tenemos de esta verdad en María Magdalena. Desde luego, una vez certificada por las palabras de Jesús de que sus pecados le habían sido perdonados, no pensó más que en seguirle por donde quiera que iba. Consagró sus riquezas á suministrar lo necesario para el sustento de la pequeña comunidad apostólica, como claramente lo dice San Lucas, y su vida entera á seguir las huellas del Redentor, escuchando con gran atención sus palabras de vida eterna. En esta escuela divina se fué educando su espíritu hasta lograr un grado subidísimo de perfección. A nosotros, que vivimos lejos de Jesús y á quienes sus palabras no llegan directamente, sino desnudas de aquella sublime unción con que brotaban de sus labios celestiales; á nosotros, que

nunca tuvimos la dicha de oír los acentos caldeados del Verbo encarnado, ni aún los de un apóstol abrasado en su amor, nos es difícilísimo comprender los efectos admirables que en el alma de María producirían las enseñanzas de Jesús. Pero es indudable que debieron ser sublimes sobre toda ponderación. La palabra de Dios es más eficaz, dice San Pablo, que una espada de dos filos, pues no sólo penetra hasta la juntura de los huesos, sino que llega hasta la división del alma del espíritu, es decir—si nos es lícito interpretarla así—tal es su virtud que puede purificar el espíritu de toda escoria animal y terrena, trasformándolo en un sér nuevo, abrasado en el amor divino. Pues ¿qué haría esta palabra en el corazón de María, que de un modo inmediato la escuchaba de Jesús, que es la palabra esencial, el mismo Verbo de Dios? Un hecho muy significatiyo, contado por San Lucas, nos vá á revelar un poquito del altísimo grado de santidad á que María se iba encumbrando poco á poco con el trato de Jesús.—En una de sus escursiones apostólicas, rendido por la sed y hambre y fatiga del camino, acercóse á Betania, buscando albergue en donde reposar y restablecer sus exhaustas fuerzas. Decididamente penetró en la casa de su amigo Lázaro, en la cual siempre hallaba la más tierna y cariñosa acogida. El gozo de aquella buena familia fué inmenso al recibir á tan querido huésped. Marta comenzó inmediatamente á disponer las cosas para agasajarlo de una manera digna. Mientras ella se entregaba de lleno al trajín de la casa, preparando la comida, la habitación y demás menesteres necesarios para honrar á su gran amigo, María, olvidada de todo, sentóse á los piés del Señor, sin preocuparse de otra cosa que de escuchar sus palabras. El amor que sentía hácia Jesús, habíase elevado sobre la región de los sentidos, y ya no veía en Él al hombre, que necesitaba sustento y cuidados corporales, sino al Verbo del Padre que alimenta las almas con palabras de vida eterna. Su fe intensa había purificado de tal modo su espíritu que á través de los velos corpóreos, que ocultaban á la Divinidad, ella la vislumbraba perfectamente hasta hacerla perder la noción de su aspecto visible, sujeto á las miserias de la carne. Marta no comprendió entonces la perfección inmensa á que se

había elevado su hermana, y por eso algo indignada de su proceder, de su indiferencia, fuese á Jesús en son de queja: «Señor, le dice, ¿no ves que mi hermana me deja sola, y no me ayuda á servirlos? dile que me ayude». La respuesta del Salvador debió desconcertarla un poco, pues no es fácil que comprendiese bien su altísimo sentido, preñado de enseñanzas espirituales. «Marta, Marta, le contestó el Señor, muy solícita andas y te conturbas por tantos quehaceres. Sólo una cosa es necesaria. María eligió la mejor parte, la cual nunca le será quitada». Había elegido, en efecto, la visión de Jesús, la contemplación de sus palabras, que serán eternamente el alimento del justo. Habíase elevado á la esfera del mundo sobrenatural, olvidándose por completo de las exigencias de nuestra pobre naturaleza. Este es un signo altamente revelador de la perfección á que llegara su espíritu. Luego veremos otros.

(Continuará).

P. GRAÍN.





ESPAÑA NUEVA

(DIÁLOGO ENTRE MAESTROS).

J. —Lo cierto es, don Pepe, que ni usted ni yo estamos llamados á redimir el mundo y sacarle de la opresión ignominiosa en que gime.

R. —Que me dispense don Justo; yo pienso todo lo contrario de usted; y me explicaré si le place...

J. —Tanto gusto; hable usted.

R. —¡Gracias!.. Pues bien: creo que la sociedad de mañana la formarán los jóvenes de hoy, y no hay que darle vueltas, «de tal palo tal astilla». Por consiguiente; estoy convencido de que si usted y yo y nuestro vecino y aquel otro y aquel otro... etc., educamos nuestros hijos como Dios manda, tenemos unos cuantos hombres descifrados de la cantidad tan enorme que forman los malos paisanos.

J. —Bueno es eso, pero..., pero...

R. —No hay peros que valgan; usted tenga en cuenta que se puede llegar á una resta muy considerable comenzando por uno. Y ahora le diré á usted. Nuestra profesión nos brinda con suma arrogancia á conquistar toda la juventud.

J. —¡Hombre! Ya tengo grandes deseos de verle en una de esas batallas, cuya victoria veo cercana.

R. —Dudo si me habré explicado bien... El modo de hablar de usted me parece sospechoso de...

J. —De herejía, ¿verdad? ¡ja, ja!

R. —No sea nunca malicioso. Digo que usted no tiene ganas de seguir esta conversación.

J. —No es eso precisamente, aunque sí es verdad que ya va

acercándose la hora de tomar algo, y si nos detenemos más, perderemos ese *algo*, tan indispensable como el *ente* en Metafísica trascendental; pero puede seguir hasta nueva orden.

P. —Mire usted; quería decirle lo siguiente: podemos los maestros llamarnos los padres de la sociedad, y así nos colmarán de improperios, y con derecho, los que vean la pérdida de la juventud. Por eso siento vivamente un (deseo), y es llevar la convicción del deber á todos los compañeros de profesión. Mire, amigo: somos en esta ciudad unos quince ó diez y seis entre maestros y maestras; á las escuelas añada usted los Colegios de religiosos y religiosas, el Seminario y la Universidad; (pues bien, entre todos estos Centros) de enseñanza (se hallan repartidos todos los jóvenes de la ciudad, ó por lo menos, la mayor parte.) Si cada centro cumple con su obligación ¿no puedo prometerme una mudanza completísima en la juventud?

7. —Ahora hablo yo: ¿quién le asegura á usted que en la calle y otras mil partes no aprenden los jóvenes cosas contrarias á la buena educación y á... todo lo que sea decente? Porque, mire usted; para uno bueno hay media docena de malos; y lo malo se pega primero que lo bueno, y es muy difícil de desterrarlo del corazón de tierra.

P. —Ese reparo, créame usted, ya lo oí muchas veces en conversaciones semejantes. Yo contesto: «no hay campaña sin sudores», y «Zamora no se conquistó en una hora»; usted comprenderá que el fundamento de toda educación está en los padres de familia. Estos más de una vez se hallan agobiados de trabajo, y necesariamente, el descuido se impone; digo necesariamente, considerando las cosas según suceden á diario en los hogares. Por eso los educadores de los jóvenes tenemos que ser nosotros; y los maestros de los padres de hoy tienen que ser sus hijos; nada, hoy es preciso ir á los padres por los hijos. Le aseguro una cosa; hágame un niño santo en su escuela, y con sola una sonrisa de inocencia, ese ángel humano ha partido el arco de Hércules, ha reblandecido el acero del corazón de sus padres.

7. —En verdad que siento gozo de verle tan entusiasmado; y de veras que me va abriendo un horizonte muy hermoso.

- P.*—Sí; sembrado de flores y rosas de divina fragancia...
- J.*—No; de veras; ya comprendí su intención. Y ahora añado yo: si por este medio se consigue tener un santo en cada hogar, y por ende, un hogar cristiano, está el problema de la regeneración resuelto.
- P.*—¡Hombre!.. Yo creo que usted adelanta los sucesos. Digo yo que este medio lo considero eficaz; y á la postre, ¿diga usted si acaso pido milagros? Sé que no se ha cuidado mucho de esto hasta el presente, y por lo tanto tengo derecho á esperar buen resultado. Claro está que los padres son más difíciles de conquistar que el tierno niño; sin embargo, se puede conseguir. Duro de espíritu habría de ser el padre que no se conmoviese de alegría, al ver á su hijo hecho un hombre, útil para él y para sus nietos y viznietos y tataranietos... y así hasta el fin del mundo. Nada, nada; la regeneración ha de venir del niño, de abajo; y ese niño traerá la innovación que nosotros le inspiremos.
- J.*—Una vez más me convencí de su vocación á la enseñanza: yo también participo de su entusiasmo y quiero ser participante de sus trofeos.
- P.*—¡Vaya, don, don...!
- J.*—No es broma, Pepe; ahora comprendo que no estuve acertado, al decir que no estábamos llamados á ser redentores de la humanidad, y hablando más concretamente, á ser los bienhechores más grandes de nuestra amada Patria.
- P.*—Yo muchas veces lo pienso: si todos los que tienen fe en España tuviesen esta convicción bien encarnada en ellos, creo que veríamos prodigios.
- J.*—Y digo yo; ¿no podemos asegurar que hay por lo menos un hombre de bien en cada hogar español? ¿Y no hay innumerables colegios de suma rigidez en el sentido en que hablamos, y por lo mismo, que España podría ser nueva ya hace tiempo?
- P.*—Siento recordárselo. Afirmando yo que esos hombres de bien se incapacitan para hacer su campaña por el mal ejemplo; y esos centros cristianos de enseñanza no abundan suficientemente y están contrarrestados por una corriente pestilencial. Me refiero á ese despotismo con que ciertos hombres esclavizan á los profesores. Dicen que tal ó cual autor es el

oficial y nada más; añádase á esto que el que impone esa *oficialidad* no tiene muy buenas intenciones, y vé ahí el secreto de tanta *descristianización*. Pero como usted vé, la campaña de los Institutos cristianos cuenta con muchos miembros que la pueden sostener á todo trance.

J. —Muy bien, muy bien; usted y yo no nos dormiremos: en nuestros hijos y en los niños de nuestras escuelas va á regenerarse la sociedad; con nuestro esmero conseguiremos disminuir el número de los ignorantes de las cosas buenas, de las doctrinas cristianas, las únicas que vuelven á España su nombre glorioso.

P. —Esa es la cuenta que se deben echar los padres y los maestros; y éstos aún más. Bueno, ahora ya podemos irnos acercando hacia *casita*.

J. —Sí...; ya son las seis; iremos á tomar un refrigerio; vamos los dos á mi casa.

P. —Eso no; tengo compromiso con mi amigo don Cipriano; otro día será.

J. —Como usted disponga; ya sabe mi franqueza.

P. —¡Vaya!, lo dicho; muchas gracias, y adiós. No pierda de vista eso de *hacer á España nueva*.

J. —Pierda el cuidado: por mi parte haré todos los esfuerzos posibles por la educación de la juventud, y hago votos porque llegue la convicción de usted á todos los educadores de los niños.

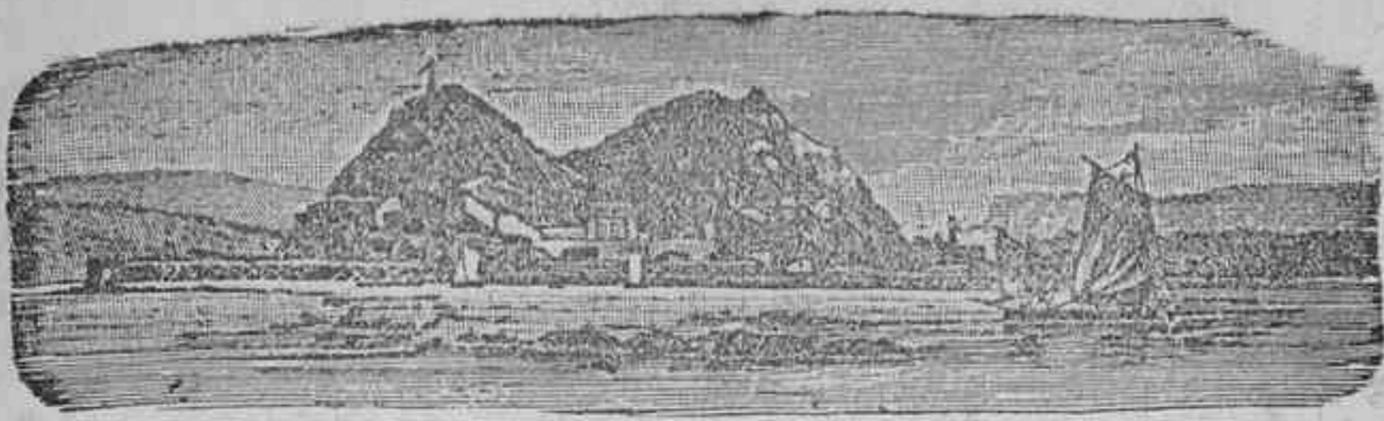
P. —Quiera Dios que venga pronto ese halagüeño porvenir, y que esa renovación no sea pasajera como las cosas de este mundo.

J. —¡Adiós! ¡Y viva España nueva!

P. —¡Viva la España cristiana!

FR. W.





ECOS DE ULTRATUMBA (1)

El día 11 de Setiembre del año 1910, hallándose el P. Presidente Fr. S. S. en la sacristía de este Santuario de Peña de Francia, á punto de revestirse para celebrar, se le acercaron dos caballeros, uno de los cuales, como de edad de 38 años, se adelantó y dijo:

«Padre, vengo á decirle lo que me ha ocurrido. El día 7 del presente mes—Setiembre—á eso de las nueve de la noche, apenas acostados mi esposa y yo, de repente, estando las puertas y ventanas cerradas, se iluminó con un resplandor grandísimo la habitación, sin que se pudiera asignar un foco de donde partiera la luz.

Aquello no procedía de luz eléctrica que no había, ni de otra causa natural visible. Mi esposa se asustó extraordinariamente, y yo me extrañé del caso, pero traté de calmar el sobresalto de mi compañera, y me acordé de decir lo que me han enseñado debe decirse en casos semejantes: *Si es cosa de Dios, que se venga con Él; y si es cosa del diablo, que se vaya con él.* Dicho esto, como la luz continuara, hice ademán de coger las cerillas que se hallaban debajo de la almohada, y me puse á encenderlas; en este momento la luz desapareció sin verse ni oirse cosa alguna. Desvelado el sueño de ambos, nos levantamos y comunicamos lo sucedido á algunos parientes nuestros del pueblo; de manera que ya no pudimos dormir más en aquella noche. El día siguiente—8 de setiem-

(1) Del Album del santuario de Ntra. Sra. de Peña de Francia.

bre—transcurrió sin notar ninguna novedad, y sin sospechar siquiera la causa productora de tan extraño fenómeno.

Al anochecer, mi esposa se ocupaba en preparar la cena en la cocina, cuando, inesperada y bruscamente, sintió como que le tiraban de la ropa, y lanzando un ¡ay Dios mío! volvió la cabeza y vió distintamente, sentada en el lugar donde solía sentarse, á su madre política, que había fallecido hace próximamente un año, teniendo una vela encendida en la mano, vestida como vestía en vida, la cual se expresó así:—«Hija, no tengas miedo, vengo á decirte de parte de Dios que yo en vida hice promesa de ir á visitar la Virgen de Peña de Francia con mi marido y mi hijo, marido tuyo; pero dilaté el cumplimiento de la promesa y entretanto murió mi marido y mi hijo se fué al Africa occidental á hacer negocio. Viéndome en la imposibilidad de cumplir yo sola la promesa hecha, dije al señor Cura lo que me ocurría, y le dí una limosna, que compensara los gastos del viaje á Peña de Francia. Pero esto no me ha valido para nada; vengo á encargaros que mi hijo y esposo tuyo vaya á la Peña de Francia á cumplir la promesa que yo hice por él. Te advierto que me ha costado gran dificultad del Señor el lograr la gracia de venir á deciros esto».—Dichas estas palabras, sin esperar más, desapareció, sin dar tiempo á la interesada para hacerle otras preguntas.

Esto sucedió, como acabo de decir, el día 3 de Setiembre por la tarde, al anochecer, y al día siguiente 9, viernes, por la mañana temprano, nos hemos puesto en camino este señor, que es cuñado mío, y yo, y hemos llegado aquí ayer, después de dos días de caminar, siendo ya de noche. «Tome V., Padre, esta limosna, para que nos diga V. una misa».

Para que á nadie quede duda acerca del carácter sobrenatural de este suceso, diremos que el que lo refirió era persona nada sospechosa de parcialidad en el caso, puesto que, por confesión del mismo, era bastante abandonado en materias de religión, de pocas creencias, y que no se inclinaria así como quiera á admitir la intervención de una fuerza sobrenatural, hasta no verse obligado por la evidencia, como en otro tiempo los magos del Egipto, al ver los grandes pro-

digios obrados por el caudillo del pueblo escogido, no pudieron dejar de exclamar: *Digitus Dei est hic; esto no puede ser cosa humana, sino que aquí ha obrado el dedo de Dios.* De modo que, ante la confesión explícita de un testigo de esta clase, no puede darse cabida á duda racional; más, por si acaso, no dejaremos de poner aquí otro dato, y es otra pregunta hecha al mismo interesado y concebida en los siguientes términos:

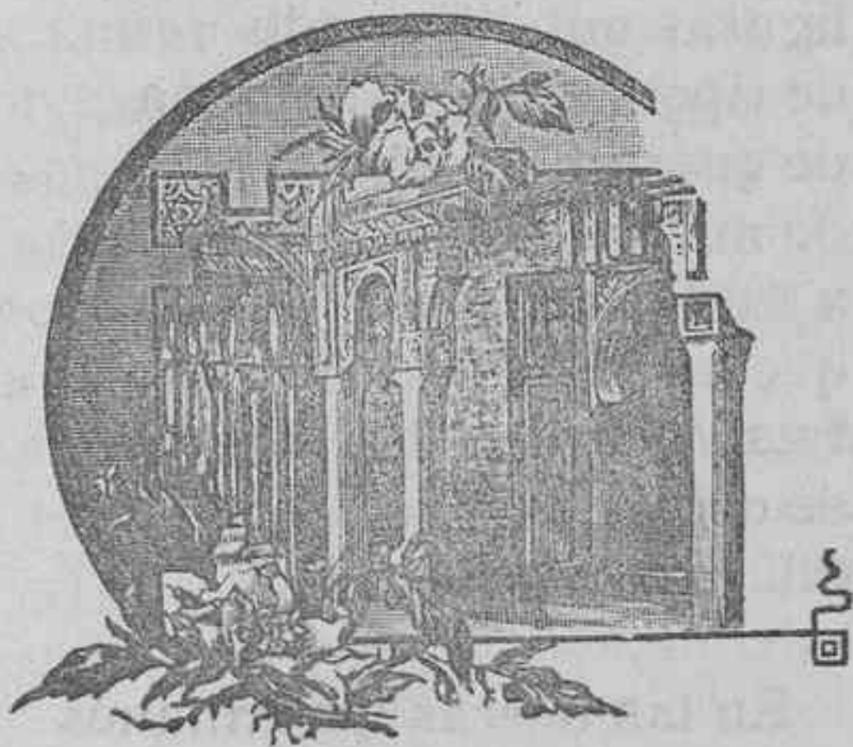
—¿De manera que V. no oyó nada ni vió más que la luz del día 7?

—Nada más, pero aquello fué claramente un aviso, para que diese yo crédito á lo que ocurrió al día siguiente. Soy poco propenso á creer estas cosas y aun otras; pero ahora, Padre, ya no se trata de brujerías, sino de decir las cosas que han sucedido.

Ahora, para concluir, transcribiremos las últimas palabras del Padre S. S. que entonces era Presidente del Santuario y fué el que oyó este relato y lo escribió en el album: «Yo doy fe de haber oído el relato anterior, tal cual lo acabo de transcribir».

Por la copia:

FR. S. A.





ATARDECIENDO

Era una tarde serena
que rebosaba en encantos,
en tiernas melancolías,
en sentimientos nostálgicos,
y en un millón de recuerdos
indefinidos y vagos...

Por el lejano horizonte
ibase el sol ya ocultando,
y con pincel sin igual
entre pinceles humanos,
iba las nubes tiñendo
de rosa, de lirio, nardo,
de azucena, de coral...
figuras mil dibujando
de tipos de efigie humana,
de querubines alados
de mil y de mil colores...;
y tal las iba pintando,
que, al verlas Murillo así,
fresco ideal, soberano,
de colosales medidas
allí juzgara colgado...

En las tierras los gañanes
alzaban ya del arado,
rendidos, más satisfechos,
sus encallecidas manos:

y, al suspender sus tareas,
y al abandonar el campo,
los humildes labradores
iban alegres cantando.

—
Cantad, sencillos labriegos
la poesía de los campos,
que nadie como vosotros
la ha sentido ni gozado:
cantad á vuestras labores,
á la vez que váis limpiando
el sudor de vuestra cara,
que es sudor santificado.
En vuestro querido nido,
que es el hogar venerando,
os esperan las familias
llenas de amores cristianos...

—
En el monte resonaban
con sonos de tinte mágico
que suspende y embelesa
los ecos dulces y mansos
de la flauta pastoril,
que se callaba á intervalos,
al dar el pastor silbidos
para juntar el ganado:
y volvían á sonar
con sonos de tinte mágico
que suspende y embelesa
los ecos dulces y mansos
de la flauta pastoril
que continuaba tocando...

FR. ANTONIO PASTOR, O. P.





MISCELANEA

Una vocación perdida.—Poco tiempo antes de la revolución francesa de 1789, presentóse un jóven de buena familia de la ciudad de Arras al convento de Capuchinos, rogando al Prior confirmase por sí mismo la vocación religiosa que sentía; la cual confirmó, en efecto, el buen capuchino, quien le dió una carta de recomendación para el Padre Guardián del Convento próximo.

Al marcharse el postulante, creyó deber ir á visitar, por última vez, á su familia, y así lo hizo, resultando de dicha visita que los ruegos de sus padres, las observaciones que le hicieron respecto á lo poco favorables que eran aquellos tiempos para abrazar la vida religiosa, etc., le hicieron desistir de su propósito, marchando poco después á París, donde estudió leyes y se hizo abogado, llegando más tarde á ocupar uno de los principales puestos durante la revolución francesa. Tiempo es ya de decir su nombre. Era Maximiliano Robespierre.

¡Cuántos males no hubiera evitado á su país, si hubiese seguido su vocación religiosa!

Fases del matrimonio.—El que se casa por amor, tiene mujer; el que por comodidad, esposa, y el que lo hace por conveniencia ó interés, señora.—La mujer quiere al marido, la esposa lo respeta, y la señora lo tolera. Enfermo, la mujer le asiste, la esposa le visita, la señora se informa de su salud.—Para uno mismo hay la mujer, para los amigos la esposa; para la sociedad, la señora.—A pié se sale á pasear

con la mujer, en carruaje con la esposa, y se va á los teatros, á los bailes y á los lugares veraniegos de moda con la señora.—La mujer comparte nuestras penas, la esposa nuestros capitales, y cuando al fin se llega al término de la vida, la mujer llora, la esposa nos acusa y la señora viste de gran luto.

Ir por lana...—En Nueva York un periodista escribió un artículo durísimo contra el juego, escitando á la vez el celo de las autoridades para que lo persiguiesen y multasen á los dueños de las casas y garitos en que se jugaba á los prohibidos. Al día siguiente recibió el Director del periódico un anónimo lleno de amenazas; pero él contestó con otro artículo más duro todavía. A vuelta de correo recibió el periodista otro anónimo invitándole á cortar la campaña emprendida, pues de lo contrario le pesaría. Apesar de las amenazas se mantuvo firme y siguió fustigando el vicio del juego. Mas un día, estando trabajando en la redacción, se presentó un hombre muy fornido, con cara de bruto, y llevando en la mano un grueso garrote.

—¿Es V. el Director del periódico?—preguntó con mal talante el recién llegado.—El periodista, que vió el peligro, contestó:

—No, señor, pero si V. desea hablarle le avisaré.

—Sí, señor; dígame V. que deseo darle un recadito al oído.

Salió el periodista con intención de volver acompañado de dos policías; más en la escalera se halló con otro hombre de iguales trazas que el anterior, el cual venía de parte de otra casa de juego y también preguntó por el Director del periódico. Entonces el periodista tuvo una ocurrencia diabólica.

—Suba V., le dijo, que ahí está sentado en la redacción. Es un hombre parecido á V. y tiene en la mano un bastón como ese que V. lleva.

El último visitante entró en la habitación y sin decir palabra, la emprendió á garrotazos con el primero, que, al verse agredido en tal forma, contestó con brío á su adversario y tales se pusieron, que, al volver el periodista con dos policías, fué menester llevar á los combatientes al hospital, en vez de meterlos en la cárcel como pensaban hacer.

¡Pobres incrédulos!—M. Viennet decía á su colega Benjamín Constant, diputado de las Constituyentes de 1820.

—Soy un desgraciado, porque no creo en nada. ¡Ah! si yo tuviese hijos los libraría de esta desgracia, haciéndolos educar en un colegio católico.

—Para mí, respondió Benjamín, también es un gran suplicio el no tener fe. ¡Ay! cuánto desearía yo creer en algo.

Este es el grito de todos los incrédulos. Y aunque muchos no lo digan y acaso aparenten hallarse tranquilos, dentro les queda el gusano que les roe las entrañas. El vacío que deja la pérdida de la fe, decía otro incrédulo que aún vive y sufre su desventura, no se puede llenar con nada.

Quién pierde más.—Atravesaba cierto sabio un caudaloso río en una barca cuyo patrón carecía de todo conocimiento literario.

Entablóse entre ambos, sin saber cómo, el siguiente diálogo que inició el sabio:

¿Sabéis lo que es Filosofía?—¿Filosofía? y ¿para qué vale eso?—Por lo menos ¿sabrás lo que es Astronomía?—¡Desastronomía? ¡quía! Yo no entiendo nada de zarandajas.—Ya que no otra cosa ¿sabrás lo que es Teología?—¿Tebología, dice? y eso ¿cómo se come?—Por lo visto eres un ignorante de cuerpo entero; pues, amigo, has perdido las tres cuartas partes de tu vida.

En esto tropieza la barca en una roca y se va á pique, quedando tripulante y barquero hechos juguete de las olas.

Entonces el palurdo, que nadaba admirablemente, preguntó á su vez al sabio: ¿Sabe usted nadar?—No, no, contestó éste.—Pues entonces ha perdido usted toda la vida, concluyó el nadador.

Quien no sepa nadar sobre el río del mundo pierde su vida, va á pique, cae en el abismo del infierno; aunque sea más sabio que Salomón y más rico que Rotschild; tanto si lleva blusa democrática ó gorro *frigio*, como si lleva chistera de intelectual.

Lo que vale el trabajo.—Un economista ha hecho un curioso cálculo sobre el inmenso valor que puede adquirir un objeto por el trabajo.

Una libra de hierro, que apenas vale un real, se convier-

te en acero, y con este acero se fabrica el muelle que hace mover la máquina de un reloj. Cada resorte no pesará ni la cuarta parte de un gramo, y puede venderse sin embargo, por 4, 6, ó más duros. Pues bien, con una libra de hierro, desechando la parte inútil, pueden construirse muy bien 80.000 muelles, y convertir por medio del trabajo la libra del hierro, que solo vale un real, en un valor de millón y medio de reales próximamente.

Lo que costaría una guerra europea.—Una revista profesional lo calcula de este modo. Para evaluarlo es preciso fijar el precio del sostenimiento de un hombre en campaña. Von Bloch, en su obra *Der Krieg* lo fija en 10 francos. El capitán Lauth lo encuentra excesivo y estima que lo que costaría sería 7,50.

Como el número de hombres disponibles en una guerra futura sería de 4.087.000 para Francia y de 4.884.000 para Alemania el gasto aproximado, por día, sería de 30.500.000 francos para la primera y de 36 millones para la segunda.

Francia, por tanto gastaría, por mes, 918 millones; por año 11.000 millones. Alemania gastaría por mes 1.100 millones y por año 13.000 millones.

Y en total, ambos países por día 67 millones, por mes 2.307 millones; por año 27.000 y pico millones.

Si la guerra se generalizara y tomaran parte Austria, Inglaterra, Rusia, etc., el gasto sería enorme, fabuloso. Dice bien un senador francés, M. Gervais, que estas cifras deberían publicarse en todas partes, para que todos las conocieran y pudiera advertirse la insensatez de una guerra que causaría fatales ruinas, que destruiría el progreso de la humanidad y que segaría en flor tantos talentos, tantas esperanzas y gloriosas promesas.

SECCIÓN DE NOTICIAS

De España.—A causa de la última huelga revolucionaria estuvieron suspendidas las garantías constitucionales en toda España hasta el día 23 de Octubre. Nadie se quejaba de la situación, sino los periódicos liberales que echaban de menos la licencia de decir

atrocidades contra la religión y contra las instituciones. Ahora empiezan á desquitarse de lo pasado, vomitando blasfemias y disparates.

Las Cortes siguen cerradas y no se abrirán hasta mediados de Noviembre. El día 12 tendrán lugar las elecciones de Concejales y sería bueno que los católicos acudiesen sin miedo alguno á las urnas, para que no triunfen los candidatos indignos.

Dánse por terminadas las negociaciones entre Francia y Alemania y pronto empezarán otras entre Francia y España. Todo debemos temerlo de nuestra vecina que aspira á quedarse ella sola dueña de Marruecos. Dícese que Inglaterra pondrá coto á sus ambiciones y apoyará á España; si así es, aún le queda á Francia mucho hierro que limar.

Muertos ilustres — En el mes de Octubre experimentó la Iglesia en España dos sensibles pérdidas. Con pocos días de diferencia fallecieron el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Tomás Costa, Arzobispo de Tarragona, y el Ilmo. Sr. Dr. Massanet, Obispo de Segorbe. Con estas dos defunciones son ya cinco ó seis las sedes vacantes que hay en España.

Fiesta brillante. — El día 1.º de Octubre se celebró en Bilbao una fiesta muy brillante con motivo del sorteo de varios premios en metálico entre los suscriptores del periódico *La Gaceta del Norte*. Por la mañana hubo una magnífica función religiosa en la iglesia de las religiosas dominicas, celebrando Misa Pontifical el Ilmo. señor Obispo de Ciudad Real, predicando el Ilmo. Sr. Obispo de Jaca y asistiendo después los dos á la hermosa procesión del Rosario. Por la tarde hubo fiesta literaria en el teatro Arriaga, pronunciando elocuentes discursos los dichos señores Obispos y el P. Dueso, después del sorteo de los premios.

Liga del decoro femenino. — En Barcelona un grupo de señoras católicas proyectan fundar con este título una asociación que ponga coto á las indecencias que en el vestido introducen las modas que vienen de Francia. Quiera Dios que prospere el proyecto y se establezca la Liga en todas las ciudades de España.

De Salamanca. — La fiesta del Rosario se celebró con la magnificencia y esplendor que esperábamos. Por la mañana hubo misa á toda orquesta, magistralmente interpretada por la Capilla del Convento reforzada con algunas voces de afuera, y dirigida con acierto insuperable por el Sr. Mingote, Maestro de Capilla de la S. I. C. El panegírico del Rosario lo pronunció el M. R. P. Prior Fr. Secundino Martínez, que cantó las glorias de esta devoción y recordó con la elocuencia de siempre, los triunfos conseguidos por su mediación en los siete siglos que cuenta de historia. Por la tar-

de salió la gran procesión por las calles de la ciudad, durando el recorrido cerca de dos horas. A la vuelta no cabían tantos fieles en el espacioso templo y fué necesario abrir las puertas del claustro, para que pudiesen contemplar la majestuosa ascensión de la Virgen á su camarín. En aquellos momentos el entusiasmo religioso se desbordó, manifestándose en vivas y aclamaciones á la Virgen del Rosario, á la Religión y á la Orden de Santo Domingo.

Ejercicios en el Seminario.—Fueron dirigidos este año por el infatigable P. Secundino y terminaron el día 15 festividad de Santa Teresa de Jesús.

De Benavente.—La Asociación del Rosario Perpetuo progresa admirablemente en dicha villa, gracias sobre todo al celo de las monjas Dominicanas allí existentes. Ya se han formado ocho coros de asociados y es de esperar que todavía se aumenten en lo sucesivo. El entusiasmo de las Dominicanas no perdona trabajos ni sacrificios, para que alguna que otra vez en el año vaya allá algún religioso Dominicano á predicar y á imponer las medallas, á fin de que la devoción al Santísimo Rosario de este modo se aumente y se consolide más cada día. Este año, para cumplir una promesa que habían hecho, quisieron dar nuevo realce y esplendor á la fiesta del Rosario que celebraron el día 8 de Octubre, último de la octava y también de la novena que á la Virgen Santísima dedicaron.

Con este fin, el sábado por la tarde llegaron á Benavente cuatro Padres Dominicanos de Salamanca y aquella misma noche oficiaron en la exposición y reserva del Santísimo en la novena y uno de ellos, el P. Luis Guitart, Subprior del Convento de Salamanca, dirigió la palabra á los fieles, exhortándoles á practicar la devoción del Rosario y á ingresar en su Cofradía. En la Misa Mayor del día siguiente, también oficiaron los Padres, llamando mucho la atención de la numerosa concurrencia, la gravedad y devoción que traspira el rito dominicano. El panegírico de la solemnidad estuvo á cargo del mismo orador de la víspera, el cual supo unir con acierto y elocuencia las excelencias del Rosario y de la devoción al Santísimo Sacramento. Por la tarde antes del Rosario tuvo lugar la imposición de las medallas á los nuevos asociados. Después del Rosario y de una plática alusiva á los cultos que se celebraban, salió por las calles de la villa la procesión del Rosario, formada por gran multitud de fieles y presidida por tres PP. Dominicanos, revestidos con los ornamentos sagrados. El tiempo desapacible y amenazando con lluvia obligó á acortar el trayecto. En la procesión figuraban tres preciosas imágenes: la Virgen del Rosario, Sto. Domingo y el Niño Jesús. Terminó la fiesta con el himno de los Guardias de Honor de María, cantado por las Religiosas, quienes igualmente interpretaron

con perfección una gran Misa por la mañana y una hermosa letanía por la tarde.

La Virgen Santísima del Rosario bendiga tanto amor y acrezca la devoción á su Rosario en la villa de Benavente.

Progresos del Rosario Perpetuo.—El Rosario Perpetuo de Salamanca sigue ensanchando su radio y alistando cada día más fieles en los Guardias de Honor de María. En estos meses se han formado coros en *Arcediano*, *Mata de Ledesma* y *Aldeaseca de Alba*. Pero donde ha sido recibido con más entusiasmo es en *Madroñera* (Cáceres). Allí el Párroco don Donato María Sánchez formó hasta seis coros y nombró una Junta Directiva con las personas más distinguidas por su posición y por su piedad. El domingo último del mes harán gran función y por primera vez se verá en las procesiones de aquel importante pueblo, la medalla de los Guardias de Honor. Además se proponen restaurar cuanto antes la Cofradía y ya hay centenares de personas dispuestas á entrar. *Madroñera* es un ejemplar que deseáramos ver imitado en Extremadura, cuna de hidalgos y de héroes en las mejores épocas de nuestra historia. Y ya se sabe que la primera cualidad de aquellos hombres heroicos era la fe religiosa.

—También sabemos que los Guardias de Honor de Santiago de la Puebla celebrarán la fiesta del Rosario el último domingo de Octubre, y en ese día estrenarán un hermoso estandarte hecho en Madrid y predicará un Padre Dominicó del convento de Salamanca.

De Macotera.—La V. O. T de Santo Domingo ha celebrado con fervor y entusiasmo la fiesta de su Santo Patriarca. Conocida es la piedad del pueblo de Macotera; las faenas del campo podrán obligar á los fieles macoteranos á retrasar una fiesta, pero no á dejarla. Los Terciarios dominicos hicieron su función el cuarto domingo de Octubre. Por la mañana comunión general pudiendo asegurarse que ningún hermano ni hermana dejó de acercarse á la Santa Mesa. Luego misa cantada en la cual celebró las grandezas del santo Fundador el P. Miguel Flores. Lo que es predicar en la iglesia de Macotera sólo lo sabe bien quien lo haya hecho; el silencio es sepulcral, el auditorio, todo el pueblo, el orador se ve como constreñido á tomar cada vez acentos más levantados. El P. Flores tuvo que ser aún más elocuente porque Macotera le evocaba recuerdos de la infancia y el cariño de muchos macoteranos.

Por la tarde hubo procesión con la imagen del Santo y á continuación junta general para dar hábitos y profesiones. Allí están todos los hermanos y hermanas esperando la plática familiar, insinuante, sólo para ellos, que los deja siempre más animados, más unidos y más deseosos de que llegue el día en que sean más frecuentes esas juntas. Bien merecen tener esa suerte.

SALAMANCA.--Imp. Católica Salmanticense y Encuadernación.